



JARDÍN ALTERNO

Últimamente la invasión —por decirlo de algún modo— de la narrativa que tiene como temática el conflicto juvenil se ha convertido en un todo desde el cual los discursos literarios unificados en torno a ella nos hacen creer que son parte de una corriente temática postgeneración X y que, en algunos casos, posee referentes e influencias muy limitadas que sólo descubren parte del espectro del tema mostrado. En esta cotidianidad de temas, leer a Bellatín presupone una bocanada de aire fresco. Esta obra es un oasis. Principalmente porque no se halla definida dentro de un espacio y tiempo relacionado con las otras, ni apela a los mismos recursos para contar una historia. Pero esta frescura perenne de temática —tan explorada en ésta como en sus obras anteriores— va unida a una serie de concepciones y recursos que pareciera ser exclusivamente suyos y que él define como “provocadores”.

Ésta es la séptima entrega de Mario Bellatín (México 1960) —que coincidentemente ha ganado el Premio Xavier Villaurrutia— que se define siempre dentro del género de novela corta, que es, según palabras suyas, el formato que más se le acomoda. Tiene treinta y seis capítulos o apartados que, bajo el nombre de alguna flor, van narrando escenas fragmentadas de vidas que se encuentran

relacionadas con padecimientos. Estos capítulos han sido concebidos para poder ser leídos independientemente y en desorden, como un breviario en el cual cada uno de los textos posee vida propia y, sin embargo, sigue engarzado en la atmósfera inicial.

Bellatín, efectivamente, perturba, imagina perversamente un mundo paralelo de situaciones y acontecimientos que nos asustan, que suelen ser grotescos y explora el sufrimiento de los demás basándose en nuestra capacidad para aceptar los textos por el morbo que vive dentro del lector. De la misma manera, él se pierde entre la inocencia de los relatos, que parecen ser simples crónicas y el sarcasmo de los mismos.

El autor prescinde de los personajes principales, y en muchas de sus obras, la intención de convertirlos en seres anónimos obedece a una primacía de las sensaciones y acciones sobre los individuos. Las ubicaciones en tiempo y espacio no obedecen a una obligación, se convierten en pretextos para contar. Sin embargo, aparece como personaje recurrente “El escritor” —con una obligación y misión específica dentro del relato sesgado— que tiene una malformación de nacimiento, el cual provocará más de una sublectura intencionada y de parte de Bellatín una gran sonrisa, pues tal y como dijo para una publicación local: “Soy el abanderado de lo que quieran”.

Flores se encuentra dentro de la búsqueda del autor, según estas mismas declaraciones, como constante final de calle. ¿Hacia adónde caminarán sus textos? Sólo cabe decir que si su pesquisa por una expresividad más auténtica sigue bajo ese ritmo, tendremos mucho por qué felicitarnos: estamos ante uno de los mejores escritores latinoamericanos de la primera mitad del siglo XXI.

Sara Cortez Pautrat

Mario Bellatín; *Flores*; Lima, PEISA, 2002; 117 pp.